

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

# Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación  
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo  
con los 34 *Cuadernos* en:

[www.bac-editorial.es](http://www.bac-editorial.es)

CONSTITUCIÓN PASTORAL  
*GAUDIUM ET SPES*  
SOBRE EL MUNDO ACTUAL

CUADERNO 33



CUADERNO 33  
EL DIÁLOGO COMO INSTRUMENTO  
(GS 83-93)

IGNAZIO INGRAO

I. EL MITO DEL PROGRESO  
Y LA ESPERANZA QUE SALVA

Han pasado casi sesenta años desde la promulgación de la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, la *Gaudium et spes*, aceptada por el Concilio Vaticano II. Era el 7 de diciembre de 1965, en la víspera del cierre de los trabajos de la asamblea conciliar bajo el pontificado de san Pablo VI. El capítulo V y las conclusiones del documento, que incluyen los once párrafos que vamos a examinar, hoy parecen extraordinariamente actuales. En efecto, también se habla de paz, de evitar las guerras, de parar la carrera armamentista, del papel de las organizaciones internacionales, de un nuevo orden mundial, de países en desarrollo y del deber de los cristianos en el que el papa Francisco actualmente define como un «cambio de época».

1. **Un cambio de época**

En los tiempos del Concilio Vaticano II y de la discusión de la *Gaudium et spes*, el mundo estaba en pleno cambio de época también, y no en una simple «época de cambio»: la Guerra Fría, la crisis de los misiles en Cuba y la disuasión nuclear, la descolonización, el movimiento de los países neutrales, el desarrollo de la Comunidad Económica Europea y del Consejo de Europa, los acuerdos sobre los derechos civiles y políticos y so-

bre los derechos económicos, sociales y culturales de las Naciones Unidas, etc.

Actualmente, después de la pandemia, con un conflicto en el corazón de Europa, con una tercera guerra mundial «a trozos» en la que, a menudo, se pelea por el poder y a expensas de las poblaciones civiles; y en muchos países del mundo, frente a los efectos dramáticos del cambio climático, se puede ver un cambio de época tan complejo y abrumador como el de hace sesenta años, y tal vez aún más dramático. Por eso, si volvemos a leer esas páginas, encontramos una armonía profunda e inesperada, aunque veamos las diferencias temporales: páginas que nos sugieren respuestas, caminos de reflexión, indicaciones éticas y teológicas para contestar a las desgarradoras y urgentes preguntas de hoy.

Está claro que este texto es hijo de su tiempo. Y ese tiempo (mitad de los años sesenta) se caracterizaba por un sentimiento predominante: el mito del progreso, es decir la convicción de que la humanidad estuviera destinada a un implacable camino de crecimiento y de evolución positiva, de disminución de la pobreza, incremento de las riquezas de las naciones, avances tecnológicos, derrota de las enfermedades, etcétera.

Un mito sugestivo y peligroso. Lo sintetiza de manera magistral san Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*, publicada dos años después: «El desarrollo de los pueblos y muy especialmente el de aquellos que se esfuerzan por escapar del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas, de la ignorancia; que buscan una más amplia participación en los frutos de la civilización, una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se orientan con decisión hacia el pleno desarrollo, es observado por la Iglesia con atención» (PP 1). Pero cuidado —advierte Pablo VI— esta legítima aspiración al progreso de los pueblos se pone en riesgo por la desigualdad que deja fuera de este camino de crecimiento a algunas comunidades, es más, fomenta el crecimiento de algunos países gracias al subdesarrollo de otros: «Verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación estable; participar todavía más en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruidos; en una palabra, hacer, conocer y tener más para

ser más: tal es la aspiración de los hombres de hoy, mientras que un gran número de ellos se ven condenados a vivir en condiciones que hacen ilusorio este legítimo deseo» (PP 6).

Es necesario apresurarse, aconseja el entonces papa Montini, porque «muchos hombres sufren y aumenta la distancia que separa el progreso de los unos del estancamiento y aún retroceso de los otros. Sin embargo, es necesario que la labor que hay que realizar progrese armoniosamente, so pena de ver roto el equilibrio que es indispensable» (PP 26).

La Iglesia ya entonces captaba con lucidez que el mito del progreso, tan de moda en esos años, era ilusorio y engañoso y recordaba el «deber de caridad universal, por la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan que dar y recibir, sin que el progreso de los unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros. La cuestión es grave, ya que el porvenir de la civilización mundial depende de ello» (PP 44).

Hoy, después de sesenta años, podemos decir que de verdad ha caído el velo que teníamos ante nuestros ojos: nos hemos dado cuenta de que la profecía de un progreso implacable y sin límites, era angosta y falaz. La pandemia nos pone dramáticamente delante de nuestras ilusiones y fragilidades, como dice el papa Francisco en la inolvidable meditación del 27 marzo de 2020 para la *Statio orbis* en una plaza san Pedro completamente vacía, pero bajo los ojos de millones de personas que seguían a través de la televisión: «Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. [...] La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades». Y la pandemia ha enseñado también la importancia de la investigación científica para rescatar las fragilidades.

El conflicto mundial que se está desarrollando en Ucrania, en Siria y en muchas más áreas geográficas del mundo, ha hecho que el tiempo retrocediera unos diez años: las conquistas de paz

y estabilidad que parecían haberse consolidado por lo menos en algunas zonas del mundo, el alivio por la conclusión de la Guerra Fría, el papel fundamental de los organismos internacionales, se han destrozado ante nuestros ojos en pocas semanas.

La crisis económica y alimentaria, la falta de materias primas, la subida vertiginosa de los precios; todo ello hace que crezcan las desigualdades, que aumente la cantidad de pobres; ponen a cero los resultados obtenidos con la recuperación agotadora después de la crisis financiera de 2008. Sin olvidar los cambios climáticos, los efectos del calentamiento global y las consecuencias sobre los pueblos.

## 2. Una visión de esperanza

La historia de los últimos años y la crónica de los últimos meses han hecho que empezara la crisis de la fe en el progreso. Lo afirma con extraordinaria claridad y profundidad Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi*:

En el siglo xx, Theodor W. Adorno expresó de manera drástica la incertidumbre de la fe en el progreso: el progreso, visto de cerca, sería el progreso que va de la honda a la superbomba. Ahora bien, este es de hecho un aspecto del progreso que no se debe disimular. Dicho de otro modo: la ambigüedad del progreso resulta evidente. Indudablemente, ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. Ef 3,16; 2 Cor 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo (SS 22).

En lugar de una inconsistente y utópica fe en el progreso, que la misma historia ha querido poner en crisis, el cristiano está llamado a poner en el centro a la esperanza, la verdadera esperanza cristiana que supera la propia idea de progreso. Leemos otra vez a Benedicto XVI, que dice a este respecto en la *Spe salvi*:

Preguntémonos ahora de nuevo: ¿qué podemos esperar? Y ¿qué es lo que no podemos esperar? [...] a) El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que estas sean. Dichas estructuras no solo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre. Incluso las mejores estructuras funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas capaces de motivar a los hombres para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo. b) Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma. Si hubiera estructuras que establecieran de manera definitiva una determinada —buena— condición del mundo, se negaría la libertad del hombre, y por eso, a fin de cuentas, en modo alguno serían estructuras buenas (SS 24).

La ciencia o el progreso no redimen al hombre, remarca Benedicto XVI, y esto es evidente para todos: el hombre se redime a través del amor. Por lo tanto, los que no conocen a Dios, aunque tengan muchas esperanzas, en el fondo no tienen esperanza ninguna sin la gran esperanza que sostiene toda la vida. Pero hay que llevar cuidado: aquí puede esconderse otro peligro, la convicción de que la esperanza puede ser solo para mí. Una esperanza individualista. Pero una esperanza que olvida y descuida a los demás no es una verdadera esperanza.

La época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero «reino de Dios». Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita. Esta sería capaz de

movilizar —por algún tiempo— todas las energías del hombre; este gran objetivo parecía merecer todo tipo de esfuerzos. Pero a lo largo del tiempo se vio claramente que esta esperanza se va alejando. [...] Así, aunque sea necesario un empeño constante para mejorar el mundo, el mundo mejor del mañana no puede ser el contenido propio y suficiente de nuestra esperanza. A este propósito se plantea siempre la pregunta: ¿Cuándo es «mejor» el mundo? ¿Qué es lo que lo hace bueno? ¿Según qué criterio se puede valorar si es bueno? ¿Y por qué vías se puede alcanzar esta «bondad»? Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas —más grandes o más pequeñas—, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde él es amado y donde su amor nos alcanza. Solo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto (PP 30-31).

Una esperanza basada en la resurrección de Cristo, que nos abre a otra perspectiva de comprensión de la historia:

Si juzgáramos la historia de Jesús de Nazaret desde una perspectiva puramente histórica, deberíamos afirmar que ha sido un fracaso total puesto que murió en la cruz. La resurrección nos lleva a otro nivel de comprensión de esa misma experiencia, dándole un sentido y una razón. Lo mismo pasa para cada uno de nosotros y para los asuntos del mundo. Por lo tanto, estamos llamados a orientar hacia el acontecimiento que funda nuestra fe, es decir la Pascua, nuestras interpretaciones de la historia de la humanidad y de lo que diariamente experimentamos y aprendemos de nuestra existencia» (G. LORIZIO, *Chiedi al teólogo. Compagno di strada nel labirinto dell'esistenza*, Cinisello Balsamo-Milán 2019, 105-106).

## II. EL «VALOR DE LA IMPERFECCIÓN», ES DECIR: «EL TIEMPO ES MAYOR QUE EL ESPACIO»

### 1. **Una aprobación impugnada**

La aprobación de la *Gaudium et spes* fue de las más polémicas de la asamblea conciliar. Las controversias tienen que ver precisamente con el capítulo V, en la parte II de la constitución pastoral, dedicado al «fomento de la paz y la promoción de la comunidad de los pueblos». La sección I tiene que ver con la «obligación de evitar la guerra» (79-82) y la sección II «edificar la comunidad internacional» (83-90). Esta segunda sección del capítulo V, junto a la «conclusión» (91-93) son, precisamente, el objeto de nuestro análisis.

Estamos en plena Guerra Fría y la disuasión nuclear, fomentada por una carrera desenfrenada hacia los armamentos atómicos, se presentaba delante de muchos en la sociedad civil y política como el único camino posible para proteger la paz («Si vis pacem, para bellum»). Pero los padres conciliares rechazaron esta visión del mundo. En octubre de 1962, a lo largo de los trece días de la crisis en Cuba, el mundo corrió el riesgo de autoaniquilarse, y gracias a la intervención de papa Juan XXIII se evitó en el último momento el holocausto nuclear. La encíclica *Pacem in terris* del papa Roncalli, en 1963, ofrecía un nuevo orden mundial que se basa en el respeto de los derechos humanos y sobre nuevas revelaciones entre pueblos y comunidades políticas arraigadas en la verdad, en la justicia, en el amor y en la libertad. El movimiento para los derechos civiles de los afroamericanos, llevado por Martin Luther King, se inspiraba en la «no-violencia».

Los padres conciliares tenían la situación general bastante clara y presentaron un esquema que rechazaba la guerra, condenaba la carrera armamentista y avisaba sobre el riesgo de una guerra total, llamando a las organizaciones internacionales a que operaran activamente para evitar ese riesgo. Pero es justo la cuestión de la legitimidad del concepto de disuasión nuclear que creó varias divisiones en la asamblea y dejó a todo el mundo con el corazón en un puño hasta el último momento.

El Concilio tenía que terminar el 8 de diciembre de 1965. El 2 de diciembre los padres conciliares recibieron una carta firmada por dos cardenales estadounidenses: Francis Joseph Spellman y Lawrence Joseph Shenah, más otras personas del Concilio, que pedían que se echara para atrás de forma masiva el esquema del capítulo V sobre la guerra y la comunidad internacional:

El centro de la discusión tenía que ver con la correlación entre la posesión de las armas nucleares y garantía de la paz. De hecho, la carta afirmaba que las declaraciones del esquema, en el que se decía que la posesión de armas nucleares era un peligro para la paz en el mundo, ignoraban el dato real por el que esta misma posesión fuera «la mejor garantía para la preservación de la libertad en el mundo actual» y que «la defensa de buena parte del mundo contra la agresión no es un crimen, sino un gran servicio» (E. PALLADINO, *Gaudium et spes. Storia commento recensione*, Roma 2018, 44-45).

Los cardenales americanos temían que las palabras de la *Gaudium et spes* pudieran legitimar las protestas pacifistas en Estados Unidos en contra de las autoridades civiles, en nombre del «no» a la guerra y de la oposición a la carrera armamentista:

Cuatro eran los puntos que habían provocado las mayores dificultades entre los padres: la declaración sobre la no violencia, la de los objetores de conciencia, la de la guerra total y la condena de las carreras armamentistas. En especial era sobre estos últimos dos que se había centrado la oposición de los que habían detectado en la última redacción la vuelta de las condenas absolutas sin espacios adecuados de legitimación de la defensa nuclear y del principio de disuasión (G. TURBANTI, *Un Concilio per il mondo moderno*, Bolonia 2000, 765-766).

El papa Francisco ha definido «inmoral» no solo el uso, sino también la simple posesión de armas nucleares.

Le respuesta a la carta de los cardenales americanos no tardó en llegar, con la firma del presidente de la subcomisión responsable de la redacción del capítulo V, monseñor Joseph Schroeffer y del ponente general del esquema Mons. Gabriel-Marie Garrone. De esta forma se acabó votando y el capítulo V, segunda parte de

la *Gaudium et spes* (77-79) que fue el más contestado en el secreto de las urnas: se aprobó con 1 710 *placet* y 483 *non placet*, 8 votos nulos, para un total de 2 201 votantes. Ninguna otra parte de la constitución pastoral recibió tantos votos contrarios. El 7 de diciembre de 1965 los padres conciliares votaron para la aprobación global del documento, que obtuvo 2 309 *placet*, 75 *non placet* y 7 votos en blanco, por un total de 2 391 votantes. Pablo VI la promulgó así y en la homilía conclusiva recordaba que «para la Iglesia católica nadie es extranjero, nadie se puede excluir, nadie está lejos». Por lo tanto, el diálogo con los cercanos y con los lejanos tiene que ser el instrumento principal y estilo característico de la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo.

## 2. El valor de la imperfección

Los padres conciliares tenían conciencia, humildemente, de que el mundo está en continua evolución y es sujeto a constantes cambios, que se hacen todavía más repentinos e impredecibles por la velocidad de la evolución en la realidad contemporánea. Por esta razón, como recuerda el futuro cardenal jesuita Roberto Tucci, quien fue testigo y protagonista del Concilio, en la *Gaudium et spes*, «aunque reitera la doctrina recibida en la Iglesia, como más de una vez trata de materias sometidas a incesante evolución, deberá ser continuada y aplicada en el futuro» (R. TUCCI, *La costituzione pastorale sulla Chiesa nel mondo contemporaneo. Introduzione storico-dottrinale*, Turín 1966, 133-134).

Tucci contesta así, indirectamente, a las críticas de los que afirman que la *Gaudium et spes* es uno de los documentos más «anticuados» del Concilio, puesto que se relaciona con los problemas y los retos de aquellos años. En realidad, la constitución pastoral sigue siendo una clave del magisterio de la Iglesia porque ofrece un método y sugiere un recorrido. «Mut zur Unvollkommenheit», el «valor de la imperfección» o, mejor, como explicaba el jesuita, el valor de conformarse con las cosas imperfectas, es decir: volver a empezar y entregarse al futuro con humilde confianza en Dios y en el hombre hecho a su imagen. En este sentido, observaba el futuro cardenal en 1966, la histo-

ria de la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo acaba de empezar. Y lo veremos nosotros también en las próximas páginas cuándo podamos medir las indicaciones y las respuestas que ofrece la *Gaudium et spes* sobre el orden económico mundial, el papel de los organismos internacionales, la centralidad del diálogo, los problemas demográficos, el deber de los cristianos en la comunidad de los pueblos.

El papa Francisco ha resumido con una fuerza extraordinaria y una claridad inédita esta impostación del Concilio Vaticano II con la fórmula: «el tiempo es superior al espacio», contenida en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el texto programático de su pontificado:

Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamismos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos. Nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad. [...] Este criterio también es muy propio de la evangelización, que requiere tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo (EG 223 y 225).

Esta es la misma perspectiva que encontramos en las expresiones contenidas en las conclusiones de la GS 91:

Todo lo que, extraído del tesoro doctrinal de la Iglesia, ha propuesto el Concilio, pretende ayudar a todos los hombres de nuestros días, a los que creen en Dios y a los que no creen en él de forma explícita [...]. Ante la inmensa diversidad de situaciones y de formas culturales que existen hoy en el mundo, esta exposición, en la mayoría de sus partes, presenta deliberadamente una forma genérica; más aún, aunque reitera la doctrina recibida en la Iglesia, como más de una vez trata de materias sometidas a incesante evolución, deberá ser continuada y aplicada en el futuro. Confiamos, sin embargo, que muchas de las cosas que hemos dicho, apoyados en la Palabra de Dios y en el espíritu del evangelio, podrán prestar a todos valiosa ayuda, sobre todo

una vez que la adaptación a cada pueblo y a cada mentalidad haya sido llevada a cabo por los cristianos bajo la dirección de los pastores.

### III. EL FUTURO DE LAS ORGANIZACIONES INTERNACIONALES

«Para edificar la paz se requiere ante todo que se desarraiguen las causas de discordia entre los hombres, que son las que alimentan las guerras» (GS 83). La constitución pastoral indica esta prioridad en la acción de la comunidad internacional. Y sugiere el instrumento para llegar a este objetivo: «Como, además, existen los mismos males en las relaciones internacionales, es totalmente necesario que, para vencer y prevenir semejantes males y para reprimir las violencias desenfrenadas, las instituciones internacionales cooperen y se coordinen mejor y más firmemente y se estimule sin descanso la creación de organismos que promuevan la paz».

#### 1. **La opción para el multilateralismo**

La opción de la Santa Sede para el multilateralismo como camino principal para promover la cooperación entre las naciones y la edificación de la paz, se arraiga en el magisterio de la *Gaudium et spes* y representa una elección irreversible: «Nunca jamás los unos contra los otros; jamás, nunca jamás. ¿No es con ese fin sobre todo que nacieron las Naciones Unidas: contra la guerra y para la paz? Escuchad las palabras de un gran desaparecido: John Kennedy, que hace cuatro años proclamaba: “La humanidad deberá poner fin a la guerra, o la guerra será quien ponga fin a la humanidad”». Esto es lo que afirmaba san Pablo VI en la asamblea general de las Naciones Unidas, el 4 de octubre de 1965.

Un compromiso que se hizo aún más fuerte gracias al recuerdo de las violaciones de los derechos humanos que se consumaron durante y después de la Segunda Guerra Mundial, como dijo san Juan Pablo II hablando con la Organización de las Naciones Unidas el 2 de octubre de 1979: «De dolorosas experiencias y

sufrimientos de millones de personas ha surgido la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que fue puesta como inspiración de base —*como piedra angular*— de la Organización de las Naciones Unidas. Esta declaración ha costado la pérdida de millones de nuestros hermanos y hermanas que la pagaron con su propio sufrimiento y sacrificio, provocados por el embrutecimiento que había hecho sordas y ciegas las conciencias humanas de sus opresores y de los artífices de un verdadero genocidio». Violencias y genocidios que, por desgracia, hemos visto y seguimos viendo perpetrarse desde Ruanda hasta la antigua Yugoslavia, desde Myanmar hasta Ucrania.

La Organización de las Naciones Unidas está llamada a ser modelo de las instituciones internacionales: «Centro moral, en el que todas las naciones del mundo se sientan como en su casa, desarrollando la conciencia común de ser, por así decir, una “familia de naciones”» (JUAN PABLO II, *Discurso a la quincuagésima Asamblea General de las Naciones Unidas* [5-10-1995]).

Por desgracia, hemos sido espectadores progresivamente de la crisis del multilateralismo. La caída del muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría, la globalización, el crecimiento de la interdependencia de pueblos y naciones, con el consecuente crecimiento de la complejidad de las relaciones, en lugar de fortalecer el enfoque multilateral (único camino para enfrentar a los problemas) al contrario, lo han ido debilitando progresivamente. Como veía Benedicto XVI en su encuentro con los miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, el 18 de abril de 2008:

Los principios fundacionales de la Organización —el deseo de la paz, la búsqueda de la justicia, el respeto de la dignidad de la persona, la cooperación y la asistencia humanitaria— expresan las justas aspiraciones del espíritu humano y constituyen los ideales que deberían estar subyacentes en las relaciones internacionales. Como mis predecesores Pablo VI y Juan Pablo II han hecho notar desde esta misma tribuna, se trata de cuestiones que la Iglesia católica y la Santa Sede siguen con atención e interés, pues ven en vuestra actividad un ejemplo de cómo los problemas y conflictos relativos a la comunidad mundial pueden estar sujetos a una reglamentación común. Las Naciones Unidas encarnan

la aspiración a «un grado superior de ordenamiento internacional» (JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, 43), inspirado y gobernado por el principio de subsidiaridad y, por tanto, capaz de responder a las demandas de la familia humana mediante reglas internacionales vinculantes y estructuras capaces de armonizar el desarrollo cotidiano de la vida de los pueblos. Esto es más necesario aún en un tiempo en el que experimentamos la manifiesta paradoja de un consenso multilateral que sigue padeciendo una crisis a causa de su subordinación a las decisiones de unos pocos, mientras que los problemas del mundo exigen intervenciones conjuntas por parte de la comunidad internacional.

## 2. La crisis

Así el multilateralismo deja su sitio a un enfoque bilateral en las relaciones entre los países, que se fragmenta y debilita a la comunidad de las naciones, favorece a los países más fuertes y fomenta el desempeño. Hemos visto los dramáticos efectos de esto en Afganistán, con el repentino abandono de ese teatro crucial que ha desestabilizado el orden internacional.

La debilidad de las Naciones Unidas sale a la luz con la dramática evidencia del conflicto en Ucrania. Hasta con una clamorosa «bofetada diplomática»: la Rusia, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, bombardea el territorio ucraniano mientras el secretario general de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, está visitando la nación. Una provocación hacia el más alto representante de las instituciones internacionales. La ciudad de Odesa también fue objetivo de unos bombardeos justo después de firmar un acuerdo para dejar salir unos barcos llenos de trigo. «Y, en la actual guerra en Ucrania, asistimos a la impotencia de la Organización de las Naciones Unidas», comentaba el papa Francisco en la audiencia general del 6 de abril de 2022. «Después de la Segunda Guerra Mundial se ha intentado poner las bases de una nueva historia de paz, pero lamentablemente —no aprendemos— ha ido adelante la vieja historia de grandes potencias competidoras», dijo Bergoglio. El papa Francisco cree profundamente en el papel de las Naciones Unidas y en el valor del multilateralismo. Esto se hace aún más necesario

por el «cambio de época» que estamos viviendo, en búsqueda de un nuevo horizonte de convivencia para la humanidad.

El 25 de septiembre de 2015, hablando en la Asamblea General de la ONU, Bergoglio afirmaba que «la reforma y la adaptación a los tiempos siempre es necesaria, progresando hacia el objetivo último de conceder a todos los países, sin excepción, una participación y una incidencia real y equitativa en las decisiones». El fortalecimiento del multilateralismo, por lo tanto, pasa por una reforma necesaria de los organismos internacionales, sobre todo las Naciones Unidas. Francisco pedía que se promoviera «una mayor equidad» especialmente «para los cuerpos con efectiva capacidad ejecutiva, como es el caso del Consejo de Seguridad, los organismos financieros y los grupos o mecanismos especialmente creados para afrontar las crisis económicas». Bergoglio cerraba su discurso en el Palacio de Cristal remarcando la necesidad de un fortalecimiento de la ONU:

La loable construcción jurídica internacional de la Organización de las Naciones Unidas y de todas sus realizaciones, perfeccionable como cualquier otra obra humana y, al mismo tiempo, necesaria, puede ser prenda de un futuro seguro y feliz para las generaciones futuras. Y lo será si los representantes de los Estados sabrán dejar de lado intereses sectoriales e ideologías, y buscar sinceramente el servicio del bien común.

La pandemia también ha resaltado la debilidad de las organizaciones internacionales y ha favorecido un enfoque economicista de los problemas. La Organización Mundial de la Salud tardó meses antes de declarar la emergencia «pandemia» en el mundo. Además, con respecto a la producción, venta y distribución de las vacunas, hemos visto como entraban en el campo realidades como la Comisión Europea que, utilizando sus mecanismos económicos, desempeñó un servicio para el continente europeo, centralizando la compra de las vacunas y fijando su precio, pero también dejó fuera al resto de países. De esta manera, la OMS se encuentra en una situación complicada y el resultado ha sido una profunda desigualdad en la distribución de las vacunas entre países ricos y países pobres, que ha sido denunciada más veces por el papa Francisco:

Por último, es necesario un compromiso global de la comunidad internacional, para que toda la población mundial pueda acceder de la misma manera a los tratamientos médicos esenciales y a las vacunas. Lamentablemente, se constata con dolor que, en extensas zonas del mundo, el acceso universal a la asistencia sanitaria sigue siendo un espejismo. En un momento tan grave para toda la humanidad, reitero mi llamamiento para que los gobiernos y los entes privados implicados muestren sentido de responsabilidad, elaborando una respuesta coordinada a todos los niveles (local, nacional, regional y global), mediante nuevos modelos de solidaridad e instrumentos aptos para reforzar las capacidades de los países más necesitados (FRANCISCO, *Discurso a los miembros del cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede* [10-1-2022]).

Uno de los pilares fundamentales del orden internacional liberal, nacido después de la Segunda Guerra Mundial, ha entrado en crisis. Se trataba, como explica Vittorio Emanuele Parisi (*Titanic. Naufragio o cambio di rotta per l'ordine liberale*, Bologna 2022, 24) «de una rica y sólida arquitectura de instituciones internacionales para hacer que fuera posible la cooperación entre los países, reducir el dilema de la seguridad y canalizar la fuerza del mercado y la fuerza de la soberanía estatal, haciendo que la cooperación entre ellas fuera posible y rentable».

Hoy todo esto se ha puesto en duda, por eso las indicaciones y solicitudes contenidas en los números 83 al 90 de la *Gaudium et spes*, lejos de ser anticuadas, en cambio adquieren una actualidad más fuerte y más dramática. Poderosas autocracias vuelven a dibujar los límites y las reglas del orden internacional. Antiliberales y antidemocráticos en su interior, se atrincheran en el principio de no injerencia en los asuntos internacionales. Y, contemporáneamente, obstaculizan el camino de reforma de los organismos internacionales puesto que niegan el derecho a la autodeterminación de los pueblos y rechazan las reglas democráticas que supervisan los organismos internacionales. El peligro que se perfila en el horizonte es el de un sistema de relaciones internacionales dividido por bloques y hegemonizado por los grandes poderes guiados por autócratas, que en muchos casos hasta poseen el arma nuclear. La votación de condena a Rusia por la

invasión de Ucrania, el 2 de marzo de 2022, con 141 votos a favor, 5 en contra y 35 abstenciones, fue elocuente con respecto a este tema. Entre los 35 asistentes estaban el 80 por ciento de los países de Asia, muchos de ellos son potencias nucleares: China, India, Pakistán (enemigos históricos que sorprendentemente votaron de la misma manera, absteniéndose sobre la resolución de condena de Rusia), sin olvidarnos de Irán. Y también Corea del Norte y Siria, que votaron en contra de la resolución de condena de Rusia. Muchos de los países africanos que se abstuvieron están, asimismo, en la órbita de Moscú y de Pequín.

Entonces, ¿qué se puede hacer? Para los cristianos hablamos de un gran reto, como afirma la *Gaudium et spes*:

Es absolutamente necesaria la presencia de la Iglesia en la comunidad de los pueblos para fomentar e incrementar la cooperación de todos. [...] Este objetivo podrá alcanzarse con mayor eficacia si los fieles, conscientes de su responsabilidad humana y cristiana, se esfuerzan por despertar en su ámbito personal de vida la pronta voluntad de cooperar con la comunidad internacional. [...] Forma excelente de la actividad internacional de los cristianos es, sin duda, la colaboración que individual o colectivamente prestan en las instituciones fundadas o por fundar para fomentar la cooperación entre las naciones (GS 89-90).

El papa Francisco en la encíclica *Fratelli tutti* señala la urgencia de una reforma de las Naciones Unidas, para fortalecer el instrumento del multilateralismo con el fin de promover la paz:

Es necesaria una reforma «tanto de la Organización de las Naciones Unidas como de la arquitectura económica y financiera internacional, para que se dé una concreción real al concepto de familia de naciones». Sin duda esto supone límites jurídicos precisos que eviten que se trate de una autoridad cooptada por unos pocos países, y que a su vez impidan imposiciones culturales o el menoscabo de las libertades básicas de las naciones más débiles a causa de diferencias ideológicas. Porque «la Comunidad Internacional es una comunidad jurídica fundada en la soberanía de cada uno de los Estados miembros, sin vínculos de subordinación que nieguen o limiten su independencia». Pero «la labor de las Naciones Unidas, a partir de los postulados del Preámbu-

lo y de los primeros artículos de su Carta constitucional, puede ser vista como el desarrollo y la promoción de la soberanía del derecho, sabiendo que la justicia es requisito indispensable para obtener el ideal de la fraternidad universal. [...] Hay que asegurar el imperio incontestado del derecho y el infatigable recurso a la negociación, a los buenos oficios y al arbitraje, como propone la *Carta de las Naciones Unidas*, verdadera norma jurídica fundamental». Es necesario evitar que esta Organización sea deslegitimada, porque sus problemas o deficiencias pueden ser afrontados y resueltos conjuntamente (FT 173).

### 3. «Economy of Francisco» y hermandad mundial

En el siglo XXI somos espectadores de una progresiva pérdida de poder de los estados nacionales, sobre todo puesto que la dimensión económico-financiera, con caracteres transnacionales, tiene tendencias a prevalecer sobre la política. En este contexto, observa Bergoglio, sería indispensable desarrollar instituciones internacionales más fuertes y organizadas con el fin de luchar contra el superpoder de la economía, apuntando al bien común mundial, a la erradicación del hambre y de la pobreza y en defensa de los derechos fundamentales. La crisis financiera del 2007-2008 podía ser la oportunidad para promover una economía más atenta a los principios éticos. Por desgracia, esto no ha pasado, remarca el papa Francisco con pena. Pero no hay que desanimarse: por eso ha nacido «Economy of Francesco», un movimiento internacional de jóvenes economistas, empresarios y *change-makers*, comprometidos en un proceso de diálogo inclusivo y de cambio global hacia una nueva economía.

El papa Bergoglio, en el videomensaje que envió el 2 de octubre de 2021 a los participantes del evento mundial «The economy of Francisco» en Asís, dijo:

La pandemia de covid-19 no solo nos ha revelado las profundas desigualdades que afectan nuestras sociedades: sino que las ha amplificado también. A partir de la aparición de un virus del mundo animal, nuestras comunidades han sufrido el gran incremento de la desocupación, de la pobreza, de las desigualda-

des, del hambre y de la exclusión de la asistencia sanitaria necesaria. No tenemos que olvidar que algunos se han aprovechado de la pandemia para enriquecerse y encerrarse en su realidad. Todos estos sufrimientos recaen de forma desproporcionada sobre nuestros hermanos y hermanas más pobres

La calidad del desarrollo de los pueblos y de la Tierra depende sobre todo de los bienes comunes —añade el pontífice en el mensaje—. Por esto tenemos que buscar nuevos caminos para regenerar la economía en la época poscovid-19, de manera que sea más justa, más sostenible y solidaridad, es decir, más común. Necesitamos procesos más circulares, producir y no desperdiciar recursos de nuestra Tierra, formas más equitativas de vender y distribuir los bienes y conductas más responsables a la hora de consumir. También necesitamos un nuevo paradigma integral, capaz de formar a las nuevas generaciones de economistas y empresarios, en el respeto de nuestra interconexión con la Tierra. [...] A vosotros, jóvenes, renuevo el deber de volver a poner la fraternidad en el centro de la economía. Hoy como nunca sentimos la necesidad de jóvenes que sepan, con el estudio y con la práctica, demostrar que una economía distinta existe. No os desaniméis: dejáros llevar por el amor del Evangelio, que es el muelle de todo cambio y nos exhorta a entrar en las heridas de la historia y a resucitar. Dejaos lanzar con creatividad en la construcción de tiempos nuevos, sensibles a la voz de los pobres, y esforzaos en incluirlos en la construcción de nuestro futuro común.

En el siguiente párrafo vamos a profundizar las indicaciones de la *Gaudium et spes* para repensar un sistema económico mundial. Tomemos ahora el ejemplo de esta llamada a gobernar la globalización para examinar las palabras del papa en la encíclica *Fratelli tutti*, que nos invitan con valor a coger las riendas de las organizaciones internacionales para reactivar su papel y su actividad. La guerra en Ucrania y la crisis mundial que ha nacido de ella, muestra toda la actualidad y la urgencia de esta llamada, siguiendo el rastro de la *Gaudium et spes*:

Hacen falta valentía y generosidad en orden a establecer libremente determinados objetivos comunes y asegurar el cumplimiento en todo el mundo de algunas normas básicas. Para que esto sea realmente útil, se debe sostener «la exigencia de

mantener los acuerdos suscritos —*pacta sunt servanda*—, de manera que se evite «la tentación de apelar al derecho de la fuerza más que a la fuerza del derecho». Esto requiere fortalecer «los instrumentos normativos para la solución pacífica de las controversias de modo que se refuercen su alcance y su obligatoriedad». Entre estos instrumentos normativos, deben ser favorecidos los acuerdos multilaterales entre los Estados, porque garantizan mejor que los acuerdos bilaterales el cuidado de un bien común realmente universal y la protección de los Estados más débiles (FT 174).

Es un deber difícil que los cristianos no pueden llevar a cabo solos, sino que necesitan del esfuerzo común de todos los creyentes que desean un mundo más fraterno y solidario. Empezando por los musulmanes. El papa recuerda el diálogo con el gran imán de Al Azhar, filósofo y teólogo egipcio, una de las principales autoridades del mundo sunita:

Quiero recordar que, junto con el gran imán Ahmad Al-Tayyeb, pedimos «a los artífices de la política internacional y de la economía mundial, comprometerse seriamente para difundir la cultura de la tolerancia, de la convivencia y de la paz; intervenir lo antes posible para parar el derramamiento de sangre inocente». Y cuando una determinada política siembra el odio o el miedo hacia otras naciones en nombre del bien del propio país, es necesario preocuparse, reaccionar a tiempo y corregir inmediatamente el rumbo.

El documento sobre la *Fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común*, firmado por el papa y el gran imán de Al Azhar en Abu Dhabi el 4 de febrero de 2019, es una piedra angular en esta dirección. A este se ha añadido, en ocasión del viaje apostólico de Bergoglio en Iraq, la conversación en Nayaf con el líder de la comunidad chiíta Al-Sistani, el 6 de marzo de 2021. Dos logros históricos que se pueden atribuir perfectamente a los frutos del camino tomado a partir de la *Gaudium et spes*. En efecto, en el documento sobre la *Fraternidad humana* escrito en Abu Dhabi, católicos y musulmanes declaran solemnemente «asumir la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio».

El extremismo religioso y nacional y la intolerancia —afirman el papa y el gran imán— han producido en el mundo, tanto en Occidente como en Oriente, lo que podrían llamarse los signos de una *tercera guerra mundial a trozos*, signos que, en diversas partes del mundo y en distintas condiciones trágicas, han comenzado a mostrar su rostro cruel; situaciones de las que no se conoce con precisión cuántas víctimas, viudas y huérfanos hayan producido.

Por esta razón, el documento condena el terrorismo («las religiones no incitan nunca a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o al derramamiento de sangre. Estas desgracias son fruto de la desviación de las enseñanzas religiosas, del uso político de las religiones») y lanza un fuerte llamado de paz: «Nosotros pedimos a todos que cese la instrumentalización de las religiones para incitar al odio, a la violencia, al extremismo o al fanatismo ciego y que se deje de usar el nombre de Dios para justificar actos de homicidio, exilio, terrorismo y opresión». Aconsejan dialogar, comprender, difundir la cultura de la tolerancia, la aceptación del otro y la convivencia entre seres humanos, porque «las enseñanzas verdaderas de las religiones invitan a permanecer anclados en los valores de la paz; a sostener los valores del conocimiento recíproco, de la fraternidad humana y de la convivencia común; a restablecer la sabiduría, la justicia y la caridad y a despertar el sentido de la religiosidad entre los jóvenes».

Un compromiso que la Iglesia católica comparte con el resto de confesiones cristianas y con sus «hermanos mayores», los judíos:

Conflictos, guerras, la violencia y las injusticias abren profundas heridas en la humanidad y nos llaman a fortalecer el compromiso con la paz y la justicia. La violencia del hombre contra el hombre está en contradicción con toda religión digna de este nombre, y en particular con las tres grandes religiones monoteístas. La vida es sagrada, como don de Dios. El quinto mandamiento del Decálogo es: «No matarás» (Ex 20,13). Dios es el Dios de la vida y quiere siempre promoverla y defenderla; y nosotros, creados a su imagen y semejanza, estamos llamados a hacer lo mismo. Todo ser humano en cuanto criatura de Dios, es

nuestro hermano, independientemente de su origen y de su pertenencia religiosa (FRANCISCO, *Discurso a la comunidad judía en la Sinagoga de Roma* [17-1-2016]).

Una reflexión que se inspira directamente de otro documento del Concilio Vaticano II, la declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

#### 4. **El papel de la democracia pontificia**

La diplomacia pontificia siempre ha desarrollado una especial atención al diálogo poniendo al centro al ser humano. A través de la red de los anuncios, de las relaciones diplomáticas con un gran número de países, de los viajes internacionales de los pontífices, de los institutos religiosos y misioneros, de las escuelas católicas, la Santa Sede desempeña una actividad extraordinariamente intensa en la comunidad internacional. Los llamados repetidos del papa para que termine la guerra en Ucrania y el resto de conflictos en el mundo, son el signo de la solicitud del obispo de Roma para la paz. En esta perspectiva, nos preparamos para celebrar dentro de dos años los doscientos años desde la muerte del cardenal Ercole Consalvi (Roma, 8 de junio de 1757-24 de enero de 1824). secretario de estado de Pío VII (1800-1823), Consalvi tuvo una vida llena de aventuras, pero fue también un gran estadista, protagonista del Congreso de Viena en 1814, sin olvidar el acuerdo que estipuló con Napoleón Bonaparte el 15 de julio de 1801

De la vida del cardenal se pueden recordar varios acontecimientos —observa el histórico Roberto Regoli— él tuvo muchas experiencias: las más juveniles, contradictorias en su humanidad (la muerte de su padre y de sus hermanos, el rigor de la educación que le dieron los Escolapios y la comodidad de los estudios en Frascati y en Roma), y las de la madurez. Entre estas últimas hay que recordar la rutina y la tranquilidad del trabajo administrativo en el Estado Pontificio, los periodos de agitaciones político-institucionales en las que Consalvi fue condenado a ir a la cárcel y al exilio. A la vez, hay que recordar sus experiencias de liderazgo. Fue el hombre de la dirección del gobierno ponti-

ficio, el fiel cardenal secretario de estado de Pío VII, el amable primer ministro que emperadores, reyes, príncipes y cancilleres recibían. Fue uno de los pocos que pudo enfrentar con la cabeza bien alta primero a Bonaparte y luego a Metternich. Fue el hombre de corte y el de cárcel, el hombre del poder y el preso político. Fue también el eclesiástico, el hombre de Iglesia y de cultura. Ercole Consalvi ha hecho la historia principalmente por las reformas realizadas en el Estado Pontificio y por su participación en el Congreso de Viena» (R. REGOLI, *Cardinale Ercole Consalvi, 250 anni dalla nascita. Atti del Convegno di Roma 8 giugno 2007*, Trieste 2008, 15-16).

Es precisamente la participación del cardenal Consalvi en el Congreso de Viena (1814-1815) que hace de él un perfecto ejemplo de diplomacia: el objetivo del secretario de estado no era solo el de retomar los dominios temporales del Estado Pontificio que le habían sido quitados en época napoleónica, sino también promover un concierto de las naciones capaz de dibujar una nueva Europa y garantizar una época de paz. Hoy sería útil profundizar la figura de Consalvi, en la perspectiva indicada en el ya citado número 89 de la *Gaudium et spes*, para una Iglesia presente en la comunidad de los pueblos con el objetivo de despertar e incitar a los hombres para una cooperación recíproca. En esta óptica, hechas las debidas actualizaciones, el secretario de estado de Pío VII puede representar un útil modelo de referencia como para volver a estudiarlo.

Es útil volver a leer las palabras pronunciadas por el actual secretario de estado, el cardenal Pietro Parolin, con respecto a los objetivos de la actividad de la Santa Sede en la asamblea de las naciones:

La acción diplomática de la Santa Sede no se conforma con observar los acontecimientos o con evaluar su alcance, ni siquiera puede ser solo una voz crítica. Está llamada a actuar para facilitar la coexistencia y la convivencia entre las distintas naciones, para promover esa fraternidad entre los pueblos, donde el término fraternidad es sinónimo de colaboración activa, de verdadera cooperación, unánime y ordenada, de una solidaridad estructurada en favor del bien común y del de los individuos. Y el bien común, como sabemos, tiene varias relaciones con la paz. La Santa Sede,

en esencia, opera en el escenario internacional, no para garantizar una seguridad genérica (siempre más difícil en esta temporada por la persistente inestabilidad), sino para apoyar una idea de paz que es fruto de relaciones justas, de respeto de las normas internacionales, de defensa de los derechos humanos fundamentales, sobre todo los de los últimos, los más vulnerables. Esa paz que, como dijo el papa Pablo VI, retomando la constitución conciliar *Gaudium et spes*, no brota simplemente de «una ausencia de guerra fruto del equilibrio precario de las fuerzas». Una perspectiva que sobrepasaba una convicción tradicional de las relaciones internacionales, estructuradas en un alternarse entre paz y guerra (P. PAROLIN, *Lectio magistralis* al Dies Academicus de la Pontificia Universidad Gregoriana [11-3-2015]).

Palabras que saben a extraordinario, pero también a dramática actualidad:

Los hechos y las atrocidades de aquellos días piden a los distintos actores —países e instituciones intergubernamental, ante todo— que actúen para prevenir la guerra en cualquier forma, dando consistencia a un *ius contra bellum*, ante todo, es decir a normas capaces de desarrollar, actualizar y, sobre todo imponer los instrumentos ya previstos por el ordenamiento internacional para solucionar pacíficamente las controversias y prevenir la utilización de las armas. Me refiero al diálogo, a la negociación, al trato, a la mediación, a la conciliación que a menudo se ven como simples paliativos, desprovistos de la necesaria eficacia. Una distinta consideración de estos instrumentos no se puede imponer, pero puede surgir solo por un convencimiento general: la paz es un bien muy valioso y es insustituible (*ibid.*).

#### IV. REPLANTEAR EL SISTEMA ECONÓMICO MUNDIAL

##### 1. **Hacia una cooperación económica**

Indicando los objetivos más urgentes para la construcción de la comunidad internacional, el número 85 de la *Gaudium et spes* enumera una lista de prioridades en ámbito económico, después

de las puramente políticas que ya hemos profundizado. Exhorta a una profunda cooperación internacional: «La actual unión del género humano exige que se establezca también una mayor cooperación internacional en el orden económico. Pues la realidad es que, aunque casi todos los pueblos han alcanzado la independencia, distan mucho de verse libres de excesivas desigualdades y de toda suerte de inadmisibles dependencias, así como de alejar de sí el peligro de las dificultades internas».

En la época del Concilio Vaticano II se oponían dos sistemas, separados por un telón de acero: el capitalista, guiado por la economía de mercado; y el comunista, que tomaba forma en el socialismo real. Además, se podía ver la gran multitud de los países en desarrollo que se retorcían en la pobreza y en profundas necesidades materiales (muchos de ellos por desgracia todavía son víctimas de eso). En este cuadro se entiende mejor el sentido de las recomendaciones expresadas por la constitución pastoral:

La ayuda material a los países en vías de desarrollo no podrá prestarse si no se operan profundos cambios en las estructuras actuales del comercio mundial. Los países desarrollados deberán prestar otros tipos de ayuda, en forma de donativos, préstamos o inversión de capitales; todo lo cual ha de hacerse con generosidad y sin ambición por parte del que ayuda y con absoluta honradez por parte del que recibe tal ayuda. Para establecer un auténtico orden económico universal hay que acabar con las pretensiones de lucro excesivo, las ambiciones nacionalistas, el afán de dominación política, los cálculos de carácter militarista y las maquinaciones para difundir e imponer las ideologías (GS 85).

Con la caída de la Unión Soviética y la demolición del muro de Berlín, el modelo capitalista con la economía de mercado parecía haber ganado su batalla con la historia, pero san Juan Pablo II, que se entregó con valor y sacrificio contra el comunismo y el ateísmo del estado, no se dejó arrastrar por el entusiasmo y, en la encíclica *Centesimus annus*, señaló los peligros del capitalismo:

Es inaceptable la afirmación de que la derrota del socialismo deja al capitalismo como único modelo de organización económica. Hay que romper las barreras y los monopolios que colo-

can a tantos pueblos al margen del desarrollo, y asegurar a todos —individuos y naciones— las condiciones básicas que permitan participar en dicho desarrollo. Este objetivo exige esfuerzos programados y responsables por parte de toda la comunidad internacional. Es necesario que las naciones más fuertes sepan ofrecer a las más débiles oportunidades de inserción en la vida internacional; que las más débiles sepan aceptar estas oportunidades, haciendo los esfuerzos y los sacrificios necesarios para ello, asegurando la estabilidad del marco político y económico, la certeza de perspectivas para el futuro, el desarrollo de las capacidades de los propios trabajadores, la formación de empresarios eficientes y conscientes de sus responsabilidades (CA 35).

En estas páginas se nota el eco de la *Gaudium et spes*. Con vistas a la cooperación entre naciones en el plan económico, la constitución pastoral del Concilio Vaticano II sugiere algunas «normas oportunas»:

- a) Los pueblos que están en vías de desarrollo entiendan bien que han de buscar expresa y firmemente, como fin propio del progreso, la plena perfección humana de sus ciudadanos. [...]
- b) Por su parte, los pueblos ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vías de desarrollo a cumplir tales cometidos. Por lo cual han de someterse a las reformas psicológicas y materiales que se requieren para crear esta cooperación internacional. [...]
- c) Es deber de la comunidad internacional regular y estimular el desarrollo de forma que los bienes a este fin destinados sean invertidos con la mayor eficacia y equidad. Pertenece también a dicha comunidad, salvado el principio de la acción subsidiaria, ordenar las relaciones económicas en todo el mundo para que se ajusten a la justicia. [...]
- d) En muchas ocasiones urge la necesidad de revisar las estructuras económicas y sociales; pero hay que prevenirse frente a soluciones técnicas poco ponderadas y sobre todo aquellas que ofrecen al hombre ventajas materiales, pero se oponen a la naturaleza y al perfeccionamiento espiritual del hombre (GS 86).

En la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, Juan Pablo II desarrolla una reflexión sobre las estructuras económicas y sociales que necesitan ser reformadas, como propone la encíclica *Gaudium et spes*, e introduce el concepto de «estructuras de pecado»:

Se descubriría que, bajo ciertas decisiones, aparentemente inspiradas solamente por la economía o la política, se ocultan verdaderas formas de idolatría: dinero, ideología, clase social y tecnología. He creído oportuno señalar este tipo de análisis, ante todo para mostrar cuál es la «naturaleza real» del mal al que nos enfrentamos en la cuestión del desarrollo de los pueblos; es un «mal moral», fruto de muchos pecados que llevan a «estructuras de pecado» (SRS 37).

## 2. Cambiar las reglas del juego

Hoy, después de la pandemia y por el conflicto que está ocurriendo en Ucrania, somos testigos de una transformación profunda y radical del sistema económico mundial. La sensación es que, salido de esta dúplice y dramática crisis, el mundo no volverá a ser el mismo. Es el «cambio de época» al que se refiere el papa Francisco. Cambia el propio concepto de «globalización», que ha marcado progresivamente las últimas décadas. Hasta el punto que la revista semanal *The Economist* ha puesto este tema en la portada, llamando su número del 18-24 de junio: «Reinventing globalisation». Pandemia y guerra han puesto en crisis, explica el periódico británico, las «cadenas del valor», es decir las actividades del ciclo productivo que intervienen en los pasos que transforman las materias primas en producto terminado. Cadenas que hace tiempo representaban el esqueleto de la globalización y que hoy, en cambio, han sido interrumpidas o fragmentadas por los efectos económicos y productivos del covid-19 y del conflicto. Ha aflorado de repente la exigencia de recortar o volver a llevar a la patria las cadenas del valor. Ya había habido señales de esto antes de la pandemia: en 2019, la misma revista *The Economist* había acuñado el término «desglobalización» (en literatura se habla también de «glocalización») para describir este proceso:

Por el lado productivo, algo está cambiando con respecto a los criterios de los que se componen las cadenas del valor. Hasta hace no mucho, el discriminatorio dominante, prácticamente el único, era el de la eficiencia: se deslocalizaba, se transfería parte

de los procesos productivos a otros países para reducir los costes, especialmente los del trabajo. Este modelo ultraliberal, que le ha dado forma a nuestra realidad económica y ha hecho que China fuera el laboratorio del mundo, parece haberse agotado. La pandemia le ha asestado un golpe decisivo, remarcando su debilidad intrínseca; a este hecho además se une la trayectoria geopolítica empezada con la elección china de hacer que su producción sea independiente del Occidente y, sobre todo, de desengancharse de la economía estadounidense (F. DE LA IGLESIA VIGUIRISTI, «L'economia mondiale esce dal Covid ed entra in guerra»: *La Civiltà Cattolica* 4123 [2022] 9ss).

La crisis energética y de las materias primas, además de la alimenticia, mezclada con una vertiginosa inflación causadas por la invasión de Ucrania, están contribuyendo a replantear la globalización desde cero. «El orden mundial anterior está estallando» observa sin rodeos *La Civiltà Cattolica*, como consecuencia del efecto combinado de un conjunto de fenómenos:

La crisis del modelo ultraliberal de las cadenas de suministro; la crisis energética anterior a la invasión rusa de Ucrania, y empeorada por ella; las sanciones occidentales al gobierno de Putin dirigidas a aislar su economía, pero culpables de una evidente recaída negativa sobre Europa, que propiciarán una dependencia cada vez mayor de Moscú hacia Pekín; y la misma dinámica china, que con la estrategia de la circulación dual (*dual circulation strategy*, concebida como dialéctica entre la circulación económica doméstica y la internacional [nota]) intenta reforzar su autosuficiencia en un contexto externo más hostil, lo cual provocará una tendencial contracción de sus importaciones» (F. DE LA IGLESIA VIGUIRISTI, *ibid.*, 22).

Mientras tanto en América Latina están sufriendo los efectos dañinos de la depresión mundial y África ve como sus problemas se agudizan, empezando por la pesadilla del hambre para millones de personas que protestan en muchos países: en Zimbabwe la inflación está al 190 por ciento; 1,5 millones de cabezas de ganado han muerto en los primeros seis meses de 2022 en Kenia por la sequía y, según la ONU, 20 millones de personas están a riesgo de morir de hambre en todo el Cuerno de África.

La Alleanza Italiana per lo Sviluppo Sostenibile (AsviS) remarca una dramática disminución en la consecución de los objetivos en la Agenda de 2030 en la Unión Europea, también por culpa de la pandemia y de la guerra. Se registran empeoramientos sensibles en la lucha a la pobreza y crecimiento de desigualdades.

¿Qué hacer, entonces? Según la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea (COMECE) es necesario «cambiar las reglas del juego», empezando por las finanzas. Hace falta «reinventar, reequilibrar o integrar el concepto de capitalismo, con la finalidad de hacerlo más humano e inclusivo. [...] Las nuevas normas o las nuevas reglas tienen que pensarse con prudencia y equidad, con una adecuada escucha de todas las partes interesadas, sobre todo los que serán víctimas de los efectos antes que nadie. [...] Además, haría falta modificar algunas cosas a nivel regulador y de gobierno para que los operadores de buena voluntad puedan adaptarse y, a la vez, compaginar los flujos de información de arriba abajo» (*Un sistema financiero que sirva el bien común en una época de cambios radicales* [16-11-2021]).

Como recuerdan los padres conciliares (cf. GS 86), hay que conyugar la solidaridad con la subsidiariedad. Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate* define los rasgos esenciales de esto:

Manifestación particular de la caridad y criterio guía para la colaboración fraterna de creyentes y no creyentes. La subsidiariedad es ante todo una ayuda a la persona, a través de la autonomía de los cuerpos intermedios. Dicha ayuda se ofrece cuando la persona y los sujetos sociales no son capaces de valerse por sí mismos, implicando siempre una finalidad emancipadora, porque favorece la libertad y la participación a la hora de asumir responsabilidades. La subsidiariedad respeta la dignidad de la persona, en la que ve un sujeto siempre capaz de dar algo a los otros. La subsidiariedad, al reconocer que la reciprocidad forma parte de la constitución íntima del ser humano, es el antídoto más eficaz contra cualquier forma de asistencialismo paternalista. Ella puede dar razón tanto de la múltiple articulación de los niveles y, por ello, de la pluralidad de los sujetos, como de su coordinación. Por tanto, es un principio particularmente adecuada para gobernar la globalización y orientarla hacia un verda-

dero desarrollo humano. Para no abrir la puerta a un peligroso poder universal de tipo monocrático, el gobierno de la globalización debe ser de tipo subsidiario, articulado en múltiples niveles y planos diversos, que colaboren recíprocamente (CV 57).

En la encíclica *Laudato si'*, el papa Francisco advierte sobre los riesgos de la «tecnocracia» que puede condicionar fuertemente el nuevo orden mundial, empezando por los temas del medio ambiente: «La política no debe someterse a la economía y esta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia. Hoy, pensando en el bien común, necesitamos imperiosamente que la política y la economía, en diálogo, se coloquen decididamente al servicio de la vida, especialmente de la vida humana» (LS 189).

Hay que enfocar el desarrollo y el crecimiento sostenible, explica el pontífice, en una perspectiva más amplia, según las indicaciones conciliares, de otro modo, advierte Bergoglio «el discurso del crecimiento sostenible suele convertirse en un recurso diversivo y exculpatorio que absorbe valores del discurso ecologista dentro de la lógica de las finanzas y de la tecnocracia, y la responsabilidad social y ambiental de las empresas suele reducirse a una serie de acciones de marketing e imagen» (LS 194).

Solidaridad, subsidiaridad, desarrollo humano integral, justicia y caridad acompañan la construcción de este nuevo orden económico mundial que la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo desea y nunca nos tendremos que cansar de intentar perseguirla.